

✠
¡Viva Jesús!

Newman house, 23 de abril de 2025.

Miércoles de la Octava de Pascua.

Muy queridos amigos,

La luz que proyecta el Resucitado sobre la Iglesia ilumina la vida de los creyentes, consuela a los corazones afligidos y enciende en nosotros la llama de la esperanza, especialmente ante acontecimientos dolorosos e inesperados. Gracias a la acción de Cristo, la consternación por el fallecimiento del Santo Padre Francisco ha dado paso a una profunda alegría pascual. El Retorno del Papa a la casa del Padre constituye para nosotros, antes que otra cosa, una invitación a la plegaria para que Dios le conceda la recompensa a todos sus trabajos y fatigas. Damos gracias a Dios por todo lo que ha regalado a su Iglesia en la persona de Jorge Mario Bergoglio (17 de diciembre de 1936 – 21 de abril de 2025), por su vida, obra, magisterio y legado.

En un momento en que los medios estarán inundados de información sobre el presente y predicciones sobre el futuro próximo, en nuestra pequeña comunidad hemos querido elegir el camino del silencio contemplativo y de la oración, tratando de atender a la petición que tantas veces realizara el Papa Francisco: «no se olviden de rezar por mí». El presente y el futuro están en manos de Dios, como lo está ahora el alma de nuestro querido Santo Padre. Oramos por su eterno descanso para que él, a su vez, desde el cielo interceda por nosotros y por todas las necesidades del mundo y de la Iglesia.

En el Papa Francisco Dios le ha regalado a la Iglesia un pastor con olor a oveja. Su estilo sencillo y evangélico, profético, desenfadado y, a veces incluso, provocador, nos ha animado a despertar del estado de sopor espiritual en que nos encontramos, para experimentar y difundir la alegría del Evangelio. Ha suscitado en la Iglesia un gran dinamismo apostólico, lleno de celo, pasión y audacia. En su persona y mensaje puso siempre el acento en lo esencial, invitándonos a cuestionar prácticas rutinarias que representan una pesada carga, distraen de lo fundamental y solo ocasionan división. Soñó con una Iglesia evangélica, misericordiosa, pobre: que no viera en la doctrina un arma para atacar a supuestos enemigos, ni en la tradición una trinchera para evitar el contacto con un mundo al que se considera decadente, sino un hospital de campaña que ofrezca a los muchos corazones heridos la medicina de la misericordia de Dios. Para no caer en la trampa de la ideología, el Papa Francisco asumió como método el discernimiento ignaciano, orante y contemplativo; un proceso totalmente personal y a la vez sinodal en el que quiso inmiscuir a toda la Iglesia. No cedió a la tentación de hacer de la realidad una caricatura, sino que la asumió en toda su complejidad, tomando en cuenta los diversos matices.

Son muchas, ciertamente, las líneas presentes en el rico y profundo magisterio del Santo Padre Francisco. Hará falta tiempo, reflexión y oración para poder asimilarlas y hacerlas parte de nuestra vida. Menciono, sin pretender ser exhaustivo, algunas ideas clave que pueden ofrecer luz en la encrucijada en que nos encontramos: la experiencia de la Misericordia de Dios como fundamento de la vida cristiana; el amor a los pobres y a quienes más sufren, verdadero corazón del evangelio; la compasión con todos como distintivo de una vida cristiana auténtica; el carácter inseparable del amor a Dios y del amor al prójimo; la unidad profunda entre fe, culto y compromiso social; el peligro de un ritualismo autoreferencial que se vuelve presa de un esnobismo sin Dios y sin Iglesia; la sencillez evangélica; el cuidado de la naturaleza como expresión de respeto a los derechos del Creador y de nuestro compromiso a favor de los demás; la llamada universal a la fraternidad; el carácter irrenunciable de la lucha por la paz, etc.

Durante este pontificado han habido, ciertamente, puntos difíciles que nos han obligado a reflexionar y que nos han ayudado a modificar esquemas preconcebidos. Pero, ¿acaso no forma parte de la tarea del sucesor de Pedro iluminar nuestras conciencias, impulsando el desarrollo en la comprensión de la verdad revelada? Por nuestra parte, hemos de confesar humildemente que el Magisterio de Francisco ha contribuido a suscitar un proceso de reflexión que enriqueció enormemente nuestra comprensión de aspectos concretos del Evangelio. Y en los casos puntuales en los

que en un primer momento consideramos lo contrario, siempre resultó que los equivocados éramos nosotros. El Papa ha actuado y hablado teniendo siempre a Cristo en la mente y en el corazón. Ahora bien, más allá de perspectivas parciales, ¿no es acaso la comunión con el Sucesor de Pedro la expresión de nuestra obediencia a Cristo, que lo ha elegido y lo sostiene con Su gracia? Es el Vicario de Cristo, el Dulce Cristo en la tierra, y eso nos basta.

La providencia ha permitido que uno de los últimos libros que leímos en nuestra comunidad fuera Esperanza, la autobiografía del Papa Francisco (Plaza & Janes, México, 2025). Su lectura nos ha ayudado muchísimo a conocer el alma de nuestro amado Santo Padre, así como su testamento espiritual: su amor a Cristo y a la Bienaventurada Virgen María –que se pone de manifiesto hasta el final de su vida, también en las indicaciones para su sepultura–, su gran devoción a san José, su deseo de una Iglesia en la que caminemos todos juntos al servicio de la construcción de un mundo más humano, para vencer el flagelo de la guerra, contrarrestar la globalización de la indiferencia y ofrecer un antídoto a la anti-cultura del descarte. Hay tres palabras que aparecen continuamente, casi como un estribillo: misericordia, paz, esperanza. «La misericordia de Dios –nos recuerda el Santo Padre– es nuestra liberación y nuestra felicidad. Vivimos de la misericordia y no podemos permitirnos estar sin misericordia: es el aire que respiramos. Somos demasiado pobres para poner condiciones, necesitamos perdonar, porque necesitamos ser perdonados»

En estas semanas todo mundo se volverá experto en exequias papales y conclave, y seguramente no serán pocas las voces las que, como si se tratara de una competencia deportiva o de un proceso electoral, se aventurarán a predecir quién será el próximo Papa. Siendo honestos tenemos que confesar que apenas si podríamos nombrar de memoria el nombre de quince o veinte cardenales. Por nuestra parte tenemos una profundísima certeza, suceda lo que suceda y, a veces a pesar de los medios humanos de los que se vale: la Iglesia de Cristo está guiada y sostenida por el Espíritu Santo. Sea quien sea, será Pedro, y el Espíritu Santo quien lo habrá puesto al frente de la Iglesia. En este momento tan delicado, rezamos y animamos a todos a rezar por la Iglesia, y por los cardenales, para que con docilidad extrema al Señor, tengan un oído del corazón atento al Espíritu Paráclito, y el otro a la realidad y necesidades de la Iglesia.

Finalmente, la persona del Santo Padre Francisco ocupará siempre un lugar especial para nuestra pequeña familia espiritual, no solo por lo mucho que su enseñanza y ejemplo han marcado los primeros pasos de nuestra comunidad, sino también por el hecho de que ha sido él precisamente quien elevara a nuestro padre espiritual al honor de los altares: el 13 de octubre de 2019, en una hermosa y solemne celebración, san John Henry Newman fue canonizado por el Papa Francisco. En su homilía el Papa hizo mención de «la santidad de lo cotidiano, a la que se refiere el santo Cardenal Newman cuando dice: “El cristiano tiene una paz profunda, silenciosa y escondida que el mundo no ve. [...] El cristiano es alegre, sencillo, amable, dulce, cortés, sincero, sin pretensiones, [...] con tan pocas cosas inusuales o llamativas en su porte que a primera vista fácilmente se diría que es un hombre corriente” (Parochial and Plain Sermons, V,5). Pidamos ser así, “luces amables” en medio de la oscuridad del mundo. Jesús, “quédate con nosotros y así comenzaremos a brillar como brillas Tú; a brillar para servir de luz a los demás” (Meditations on Christian Doctrine, VII,3)» (Francisco, homilía, 13-X-2019).

Esta santidad de lo cotidiano es la que hemos visto reflejada también en la vida de Francisco, que, mediante la escucha orante y la prontitud fiel, se ha dejado conducir por la luz amable y, por ese camino, se ha convertido en irradiación de la luz de Cristo, esparciendo siempre Su aroma en torno suyo. Dios nos conceda imitar sus buenos ejemplos, asimilar sus enseñanzas y hacer realidad aquella profunda renovación eclesial con la que soñó y por la que trabajó hasta el final el Santo Padre Francisco. Dale, Señor, el descanso eterno. Y que la luz eterna le alumbre. Descanse en paz. Amén.

Se encomiendan a su oración y les aseguran un recuerdo permanente en las suyas,
Los hermanos de la Sociedad de san John Henry Newman.



The Newman Society
www.thenewmansociety.org
contacto@thenewmansociety.org
Tel. 33 2538 2488



COR AD COR LOQUITUR

¡Gracias!

